

EL EJÉRCITO DE ÉLITE DEL SIGLO XVI TERCIOS DE FLANDES

Fueron, según se dijo en su tiempo,
la mejor infantería del mundo.
Los aguerridos combatientes de los tercios
sostuvieron el poder español en Europa

DAVID GARCÍA HERNÁN
PROFESOR TITULAR DE HISTORIA MODERNA
DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID



CAPACETE DE ACERO
(sobre estas líneas), fabricado en la primera década
del siglo XVI. Armería Real, Madrid.

LA RENDICIÓN DE BREDÁ.
El general Ambrosio de Spínola recibe las llaves de la ciudad
holandesa. Óleo por Diego Velázquez. Museo del Prado, Madrid.



DAGLI ORTI / DE AGOSTINI



DE AGOSTINI

La hegemonía militar de la Monarquía Hispánica en Europa durante los siglos XVI y XVII se basó en una legendaria unidad de combate: los tercios. Ellos fueron el brazo ejecutor más directo del poder español en los múltiples escenarios de conflicto en los que se vio inmerso, desde Nápoles y Milán hasta Flandes o la frontera francesa. Reconocidos como la mejor infantería del mundo, dejaron honda huella como fuerzas de choque, con tropas escogidas para cada misión, hasta el punto de que sus tácticas fueron imitadas por las más modernas unidades militares, incluidos los famosos «grupos de combate» alemanes de la segunda guerra mundial.

Pese a que su radio de acción cubría toda Europa, fue en los Países Bajos donde los tercios protagonizaron los episodios más celebrados y donde actuaron más tiempo. De ahí que en muchas ocasiones se los suela denominar, por extensión, los «tercios de Flandes». En efecto, fue allí donde los tercios se ganaron fama de combatientes fieros y aguerridos, sobre todo aquellas unidades compuestas por tropas propiamente españolas, que se consideraban el verdadero núcleo del ejército. Su incuestionable superioridad ha sido reconoci-

da por todos: no sólo los comentaristas de la época y, por supuesto, sus mismos protagonistas, sino también por las propias tropas enemigas y todos los historiadores posteriores. Es necesario, pues, explicar a qué se debía realmente esta superioridad, por encima de juicios de valor que a nada conducen. Como también es necesario contestar a la pregunta que de forma natural viene a continuación: si los tercios eran tan superiores, ¿por qué al final fueron vencidos?

EL DESAFÍO DE FLANDES

A mediados del siglo XVI toda Europa vivía tiempos de guerra. Una guerra diversa pero persistente y desoladora, que fue de los sucesivos enfrentamientos entre Carlos I y Francisco I de Francia a las guerras religiosas en Alemania, sin olvidar la pugna con los otomanos en el Mediterráneo.

En 1566 se encendió la mecha de una nueva contienda, cuando los súbditos flamencos de Felipe II se negaron a aceptar un mayor control religioso y político en sus tierras. Convertida en guerra abierta desde 1572, fue aún más encarnizada y duradera que las anteriores. El conflicto tenía motivos económicos pero, sobre to-



UNA LARGA GUERRA

1534

Carlos I instituye oficialmente los tercios, en sustitución de las coronelías creadas por el Gran Capitán según el modelo romano.

1567

Encargado de la represión de la revuelta de Flandes, el duque de Alba se traslada allí con los tercios de Italia.

1576

La falta de pagas lleva a los tercios españoles a asaltar y saquear Amberes, en la denominada «furia española».

1625

Tras nueve meses de sitio, Breda se rinde ante los tercios comandados por Ambrosio de Spínola.

1643

La batalla de Rocroi, en la que los tercios españoles fueron derrotados por un ejército francés mandado por el príncipe de Condé, se convirtió en símbolo del declive español.

do, religiosos y políticos, con una estrecha relación entre desarrollo del calvinismo en los Países Bajos y un incipiente sentimiento nacionalista. El todopoderoso rey de España, tradicional paladín de la fe católica, sabía que, además, estaban sobre la mesa importantes argumentos de prestigio y estratégicos, pues los Países Bajos eran la vía de comunicación «natural» con importantes potencias, como Inglaterra, Francia o el Imperio. Entre sus consejeros hubo incluso quien avanzó un razonamiento duro pero tremendamente realista: mientras se combatiera allí, las tierras de la Península quedarían a salvo del azote infernal de la guerra.

Para llevar la lucha a las tierras del enemigo, estaban las tropas del Rey Católico. Éste sabía que podía confiar en su valor tanto o más que en los ingresos de una Hacienda real que, hasta entonces, mal que bien, había ido haciendo frente a los infinitos problemas de política exterior desde los tiempos de Carlos I.

Su hijo Felipe alternó diversas políticas para enfrentarse al problema flamenco, de la mano de los sucesivos gobernadores españoles de aquellos estados. Tras la dura represión del duque de Alba, Requesens o Don Juan de Austria ensayaron

EN NAARDEN, saqueada por los tercios en 1572, se observan los baluartes del siglo XVII en forma de punta de flecha, según la «traza italiana».



MAESTRE DE CAMPO DE LOS TERCIOS. PINTURA ANÓNIMA DEL SIGLO XVII. PALACIO DEL SENADO.

EL CAMINO ESPAÑOL: LA RUTA DE FLANDES

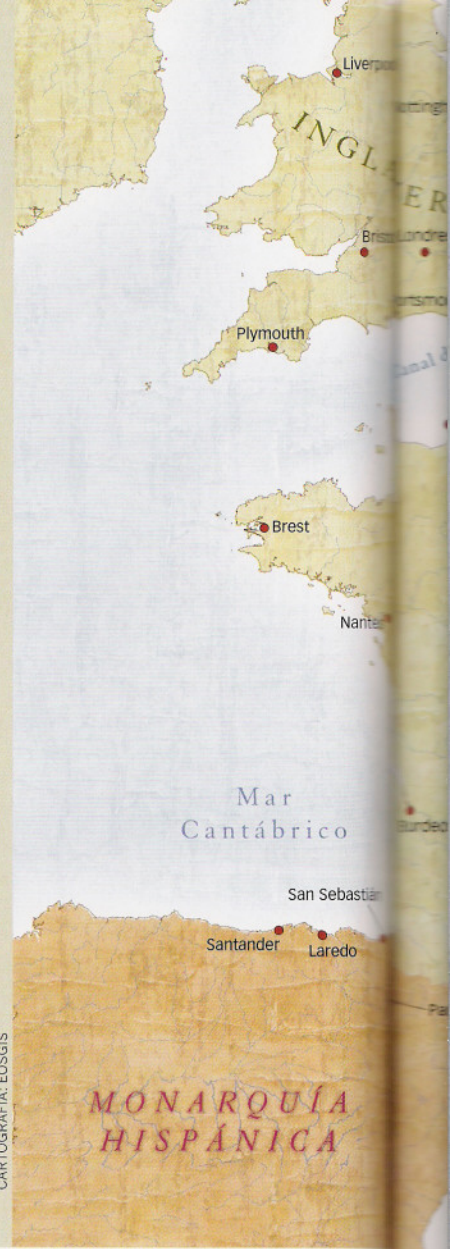
UNO DE LOS GRANDES problemas que tenía para España la guerra de Flandes era la dificultad para enviar tropas allí de una manera segura y más o menos constante, ya que las rutas marítimas se habían vuelto muy peligrosas. Se imponía la creación de un corredor militar entre los dominios espa-



PUERTO DE BARCELONA, punto de salida de los tercios que serían conducidos a Flandes.

ñoles del norte de Italia y los Países Bajos, que pudiera asegurar las comunicaciones y el transporte de tropas y dinero. Y para ello había que aprovechar los territorios pertenecientes a la monarquía (Lombardía, Franco-Condado, Luxemburgo español) y también los que eran propiedad de poderes aliados o potencialmente amigos (Génova, Saboya, Lorena, obispado de Lieja). Se creó así una eficaz ruta que atravesaba Europa: el denominado «Camino español».

ESTRENADO POR EL DUQUE DE ALBA en 1567, el Camino funcionaba mediante un sistema de etapas, por el que se establecían de antemano los lugares donde había de pernoctar el ejército tras una jornada de viaje, y allí se llevaban y distribuían las provisiones para las tropas, a través de «asientos», o contratas, con particulares. Si todo estaba bien preparado (siempre había un comisario especial encargado de determinar con cada gobierno el itinerario de las tropas y sus necesidades), se podía hacer el viaje en un mes y medio. Un verdadero adelanto logístico para la época, que se mantuvo en funcionamiento durante decenios y fue el nervio del esfuerzo bélico hispánico en Flandes.



una política de conciliación, para luego dar paso al pragmatismo de Alejandro Farnesio. Tras la tregua de los Doce Años (entre 1609 y 1621), la guerra se reanudó y prosiguió todavía durante varios decenios, hasta la paz definitiva de 1648, que supuso el reconocimiento de la independencia de los actuales Países Bajos. Fue, pues, una larga contienda, conocida a veces como guerra de los Ochenta Años. Durante ese tiempo España no podía dejar de intervenir en el conflicto, pero tampoco era capaz, ante los enormes retos logísticos y financieros, de ganarlo, pese al heroísmo de los afamados tercios de Flandes. De hecho, el que España resistiera durante tan largo período es una prueba de su poderío en el terreno estrictamente militar.

UNA ORGANIZACIÓN CASI PERFECTA

Hoy no hay duda de que los españoles fueron los que se adaptaron mejor a los trascendentales cambios en la forma de hacer la guerra que tuvieron lugar a comienzos de la Edad Moderna, bajo la influencia de la llamada «revolución militar». Los tercios fueron la máxima expresión de ese talante innovador del ejército de los Austrias. Creados por Carlos I en 1534, constituían una

fuerza de choque de amplia autonomía y gran capacidad de maniobra y de potencia de fuego, basada en la acertada combinación entre armas blancas y de fuego.

Un tercio contaba con tres armas fundamentales, con sus respectivos soldados que las servían: piqueros, arcabuceros y mosqueteros, en unas proporciones que con el transcurso del tiempo fueron variando a favor de las de fuego. Los primeros tercios fueron los de Lombardía (que más tarde cambiaría el nombre por el de Flandes), Sicilia, Milán, Cerdeña y Nápoles. Cada uno de ellos era mandado por un maestre de campo, y estaba dividido en doce compañías (diez de piqueros y dos de arcabuceros) de unos 350 hombres cada una, aunque con el tiempo este número fue menguando. El tercio formaba un conjunto teórico —siempre había menos hombres que esta proporción ideal— de unos tres mil hombres, que, en la realidad, se reducían a poco más de la mitad.

En su estructura interna, se ha comparado a los tercios con una especie de muñecas rusas, ya que cada unidad y cada mando, al ser estructuralmente semejantes excepto en el tamaño, se podían insertar orgánicamente dentro de su unidad superior. Así, una escuadra es-



1 MILÁN

Parte de la Monarquía Hispánica desde 1535, el Milanesado constituía la llave del «Camino español» y el nexo de unión entre los reyes españoles y el Imperio, su aliado.

2 SABOYA

En 1622 el ducado de la Saboya (hasta entonces aliado de la corona hispánica) firmó un tratado con Francia que implicó el fin del paso de tropas españolas por su territorio.

3 VALTELINA

El tránsito por este valle fue la alternativa al fin de la alianza con Saboya, pero la nueva ruta sufrió un duro golpe cuando Francia expulsó a los españoles de la región (1637).

4 LORENA

Último tramo del «Camino español» antes de entrar en los dominios hispánicos, el ducado de Lorena (neutral desde 1547) fue ocupado por las tropas francesas en 1633.

taba al mando de un cabo; un conjunto de escuadras formaba una compañía, dirigida por un capitán, que tenía bajo su mando a un sargento —entre otros cargos—; y un conjunto de compañías, como se ha indicado, formaba el tercio. Su jefe, el maestre de campo, que mandaba también su propia compañía, tenía asimismo bajo su mando al sargento mayor, a quien estaba encomendada la decisiva misión de la formación del escuadrón de combate, con sus cerradas y compactas filas.

Esta organización no sólo ponía sobre el campo de batalla una racionalizada estructura de mando, sino que fomentaba la disciplina de las tropas —algo especialmente importante en aquella época de centralización de la autoridad—, así como la instrucción, pues cada mando se encargaba de transmitir su experiencia a sus subalternos. Y lo que era más importante, la organización de los tercios mostraba una gran ductilidad. Al escoger los tipos de soldados o de unidades para cada circunstancia, permitía combinar muy versátilmente las unidades dependiendo de factores tan diversos como el número, valor y movimientos de las fuerzas enemigas, las características del terreno, las condiciones políticas y económicas, etcétera.

Además, la capacidad de maniobra de los tercios se sostenía en los diferentes servicios que acompañaban a la unidad en sus distintos niveles. Tanto en el plano de compañía como en el superior del tercio existían empleos como el barrachel, o encargado de garantizar el orden, el furriel —responsable de los aposentos—, los barberos y cirujanos del hospital de campaña y del hospital general del ejército (los tercios fueron unos adelantados de su tiempo también en esto), los capellanes castrenses... A todas estas fuerzas militares había que agregar la muchedumbre de personas que, con su bagaje o pertenencias, acompañaban a los soldados: criados, familiares, vivanderos, prostitutas, etc. En esa «microsociedad» los hombres confiaban, ante todo, en su experimentado capitán, que había recibido su patente para reclutar unos soldados a los que instruía y guiaba según su personalidad.

ESPAÑOLES, LOS MEJORES

Los tercios de Flandes estaban compuestos en realidad por soldados de varias nacionalidades, que servían todos al rey de España. Pero no todas las fuerzas gozaban de igual estimación. Estaba generalmente admitido que

ESTRATEGIAS MILITARES

La guerra de Flandes fue una sucesión de asedios españoles a ciudades fortificadas y de

BATALLA del príncipe de Orange.
Óleo del flamenco Pieter
Snayers. Hacia 1620.
Pinacoteca Nacional, Siena.



DAGLI ORTI / DE AGOSTINI

ORRHOZ / COVER

LA GUERRA EN CAMPO ABIERTO

1 Infantería moderna

Mauricio de Nassau aprovechó la experiencia de las décadas de lucha con los tercios para reformar los métodos de combate del ejército holandés. Aquí vemos las formaciones de infantería organizadas en una quincena de filas (más comúnmente eran 6 u 8), que iban alternándose para disparar los mosquetes.

2 Armas de fuego

La potencia de fuego se situaba en el exterior del tercio, a poca distancia del enemigo dado el escaso alcance de las armas. Éstas eran arcabuces, usados al modo de fusiles, y mosquetes, que se disparaban apoyados en una horquilla. Tras el tiro los arcabuceros se refugiaban entre los piqueros.

3 Los piqueros

Llamados también «picascas», y «coseletes» cuando llevaban coraza, tenían como principal función defender al tercio de los ataques de la caballería rival. Su avance con las picas en posición horizontal y en formaciones cerradas resultaba de un efecto demoledor en el enemigo.

4 La caballería

Ante el auge de la infantería y las armas de fuego, la caballería hubo de adaptarse. Provistos de corazas (que enseguida se abandonarían), los combatientes a caballo realizaban una descarga de arcabuces para a continuación lanzarse en masa contra el enemigo, que respondía recurriendo a los piqueros.

DE LOS TERCIOS

batallas provocadas por la llegada de ejércitos holandeses de socorro



EL SITIO DE BREDA a la llegada de la infanta Isabel Clara Eugenia, por Pieter Snayers. 1626. Museo del Prado, Madrid.

LA GUERRA DE ASEDIOS

1 El general sitiador

El célebre sitio de Breda, en 1625, fue una iniciativa personal de Ambrosio de Spínola. Gran experto en ingeniería militar, nada más llegar frente a la ciudad trazó desde una altura los planos del sitio. En los nueve meses que duró acudieron visitantes ilustres, como la infanta Isabel, entonces gobernadora de Flandes.

2 La fortaleza sitiada

Desde que la tomaran a los españoles en 1590, los holandeses fortificaron Breda hasta hacerla prácticamente inexpugnable. El modelo seguido era el italiano (la «traza italiana»), con murallas bajas y gruesas, bastiones en ángulo y un foso que protegía a los sitiadores a distancia del fuego de artillería.

3 Circunvalación

Para prevenir salidas de los sitiados se construía una línea de circunvalación, más próxima a la plaza. En total Spínola hizo construir 96 reductos, 37 fortines y 45 baterías, un verdadero alarde que suscitó admiración en toda Europa. Al final, la falta de suministros obligó a los defensores de Breda a rendirse.

4 Contravalación

La operación del sitio empezaba con una aproximación de la caballería para cortar todos los caminos. Luego se construía la línea de contravalación, la más exterior, para proteger a los sitiadores de posibles expediciones de socorro a los sitiados. Spínola debió rechazar varias de ellas durante el sitio de Breda.

ARMAS RUDAS PERO MORTÍFERAS

EL ARMAMENTO DE LOS TERCIOS españoles consistía en una combinación de armas de fuego y armas blancas. Entre las primeras se contaban el arcabuz y el mosquete. Los arcabuces se disparaban al modo de nuestros fusiles, pero tenían poco alcance y había que realizar muchas maniobras antes del dispa-



ORONÓZ

TROPAS ESPAÑOLAS combatiendo en Flandes. Detalle de un tapiz. Palacio Real, Madrid.

ro efectivo. Pese a ello, los arcabuceros españoles destacaban por su rapidez. Los mosquetes eran más grandes y pesados (casi alcanzaban los diez kilos), y se disparaban apoyándolos en una horquilla clavada en el suelo. Producían destrozos importantes, aunque era bastante difícil hacer puntería en un blanco que no fuera cercano e inmóvil. Cuando daba de lleno, una pelota de mosquete podía atravesar varios cuerpos de parte a parte.

ENTRE LAS ARMAS BLANCAS la más característica era la pica, una lanza de unos 5 metros que se usaba tanto para la defensa frente a la caballería (para lo que se hincaba en el suelo y se sujetaba con el pie, a fin de darle suficiente inclinación) como para los ataques. La alabarda era una lanza que tenía en su extremo una cuchilla transversal aguda por un lado y de figura de media luna por otro. Solía ser el arma de los sargentos y de los cuerpos de guardia de las autoridades militares. Los soldados también llevaban dagas para el combate cuerpo a cuerpo, así como espada, considerada el arma más noble, hasta el punto de que se transmitía por herencia. Cuando se combatía con ellas había que hacerlo de perfil, para ofrecer menos blanco al enemigo.



HOA-QUI / HACHETTE

los españoles destacaban sobre los demás por su espíritu de combate y su resistencia. De ahí que, aprovechando otra de las posibilidades de la estructura organizativa del tercio, cuando se advertía que una fuerza era poco fiable los mandos no dudaban en introducir españoles para potenciar su capacidad de combate.

¿A qué se debía esta superioridad bélica de los soldados peninsulares? En la época, e incluso después, se hablaba de que los españoles tenían una naturaleza superior para el «noble arte de la guerra». Sin embargo, una explicación bastante más creíble era que, por su lejanía con respecto a sus lugares de origen, a ellos les era más difícil hacer algo bastante generalizado en la época: desertar. Pero esta tampoco era la única razón. En España, desde hacía siglos, se había ido forjando como en ningún otro país una cultura de la guerra que enaltecía el valor militar por encima de otras cualidades. De hecho, la estructura social estaba en gran medida marcada por estos valores.

Esta mentalidad permitió a los españoles adaptarse mejor al nuevo tipo de guerra, en el que predominaba la infantería frente a la caballería feudal. Así, lejos de considerar un deshonor servir en puestos que no

estuvieron directamente relacionados con la caballería o el mando, en España se apreciaba bastante la lucha a pie y con pica o arcabuz. Lo importante era el arrojo que se mostraba en el combate (el «valor de mi brazo», como decía Don Quijote), gracias al cual se podía ir ascendiendo peldaños en el ejército y, con ello, en la consideración social. Algo apreciadísimo en una sociedad, como la española, basada en la jerarquía y, sobre todo, en la distinción.

EL PRESTIGIO DEL SOLDADO

Las posibilidades que daban los tercios de ascender hasta lo más alto en el escalafón a partir de los propios méritos y sin tener en cuenta el origen social era algo excepcional en una Europa que hacía de los criterios estamentales normas de vida en todos los ámbitos. Los soldados españoles hicieron todo un arte del ascenso social, o por lo menos de la reivindicación del valor de cada uno. Los abundantes tratadistas de la época y los mandos de cualquier unidad lo reconocían: la emulación, es decir, la posibilidad de igualar o superar a los demás para ganar distinciones, era el mayor acicate para el «buen hacer» militar. Desde luego, no faltan ejem-



LA CIUDADELA DE MONTMEDY (hoy en Francia, próxima a la frontera con Bélgica) fue erigida por orden de Carlos I, convirtiéndose en una importante pieza del sistema defensivo español en Flandes.

plos de humildes soldados que llegaron a mandar tercios, como Francisco Verdugo (1536-1597), que de simple soldado llegó a coronel e incluso a gobernador de la ciudad holandesa de Groninga.

En la mentalidad de estos soldados españoles no estaba ausente tampoco el sentimiento de la patria. Desde luego, la idea de formar parte de un proyecto común dirigido por el monarca —participar en el ejército era, ante todo, «servir al rey»— contaba mucho. Los ideales propagandísticos de mesianismo y providencialismo —según los cuales Dios guiaba los pasos de los españoles en una causa que no sólo era justa sino santa— constituían la amalgama en la que se unían voluntades muy diversas. Pero tampoco hay que desdeñar motivaciones más mundanas y prosaicas que estaban muy presentes, como la posibilidad de obtener un buen botín (cuyo reparto estaba perfectamente regulado), de participar en el saqueo de una ciudad que no se había rendido a tiempo, o, simplemente, de acceder a un modo de ganarse la vida cuando las posibilidades de prosperar en el terruño eran exiguas. Sin olvidar, claro está, el espíritu aventurero que guiaba a muchos de estos soldados.

Además, la idea de la superioridad de los tercios era arrogantemente puesta de manifiesto en toda circunstancia. Los españoles, como decía un embajador veneciano, «siempre dejan bien claro no sólo que no hay nadie que pueda comparárseles, sino que todo el mundo debería estar agradecido de estar gobernado por ellos». Y esta era también una de las bazas de su efectividad: la creencia unánime en esa superioridad, alimentada por un exacerbado espíritu de cuerpo, que les hacía ser prepotentes hasta el infinito.

Se daban así situaciones inauditas, como que muchos soldados rasos juzgasen si sus capitanes eran dignos de tenerlos bajo sus órdenes, o la tan extendida como peregrina idea de que con unos pocos soldados de los tercios se podría conquistar toda China. Mientras los mandos se preocupaban de prevenir una excesiva confianza, estas arrogantes creencias, que tanto irritaban a los extranjeros (enemigos y aliados), eran un factor moral importante en la supremacía militar española.

Pese a este orgullo por combatir en nombre del rey de España, en la vida militar no todo era de color de rosa. En el largo proceso de transformación del soldado «bisoño» en experimentado —el llamado soldado

LOS MOTINES: EL ÚLTIMO RECURSO

LA FALTA DE PAGAS en los tercios de Flandes fue una constante que perjudicó enormemente los intereses hispanos y, en muchas ocasiones, hizo que se perdiera lo que se había ganado con tantos sacrificios. Cuando no podían más —a veces se les adeudaban los haberes de varios años— las tropas



SAQUEO DE UN PUEBLO. Pintura en tabla de Pieter de Molijn. 1630. Museo Frans Hals, Haarlem.

se amotinaban, paralizando las ofensivas del ejército. El caso fue muy habitual: hubo nada menos que 45 motines entre 1572 y 1607, y algunos duraron meses. Entre ellos son célebres los de Haarlem (1573), Alost (1576) y, naturalmente, el de Amberes (1576). **EN CONTRA** de lo que pudiera parecer, en el motín no se cuestionaba la lealtad al rey, ni se pretendía sabotear la guerra o revolucionar el orden establecido. Eso sí, su desarrollo estaba perfectamente estipulado: los hombres ya no obedecían a ninguna autoridad oficial, y se dejaban guiar disciplinadamente por el «electo», una especie de delegado sindical que, asesorado por un consejo, llevaba a cabo las negociaciones con las autoridades para que se hicieran respetar sus derechos económicos, aunque también se reivindicaba la mejora en las condiciones de vida.

EL ALTO MANDO conseguía comprar su sumisión muchas veces, pero, cuando las negociaciones no fructificaban, era demasiado probable que tuviera lugar el saqueo, dándose rienda suelta a la temible «furia española», en la que, durante varios días se robaba, violaba y asesinaba por doquier, como ocurrió en Amberes en 1576.

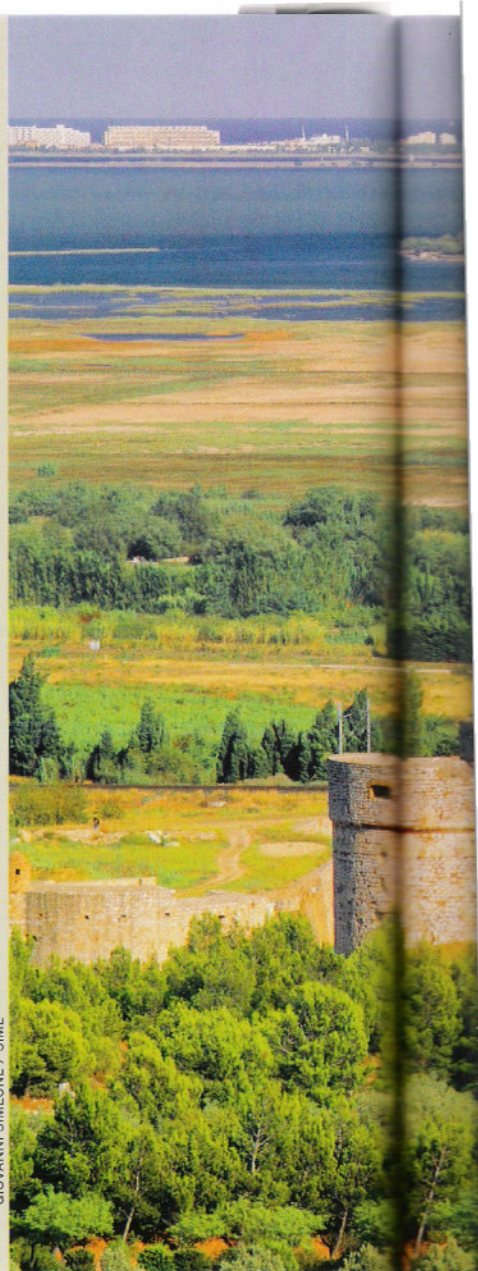
«plático», el verdadero eje de combate de los tercios—, la infinita crueldad de la guerra se iba adueñando de todos los espíritus. Demasiado pronto se daban cuenta de los aspectos más sórdidos del empleo de las armas. Incluso fuera del campo de batalla, las penalidades eran a veces extremas. Piénsese en los continuos roces con la población civil, que tenía que soportar a regañadientes el gravoso paso y alojamiento de los soldados; o bien las grandes marchas y la escasez de víveres. El saqueo y el robo generalizado, como en todas las guerras, hacían perder el norte de la justicia y la moral a muchos soldados que se veían envueltos en esa dinámica. Además, estos grandes grupos de efectivos humanos eran focos de letales epidemias, en un mundo en que no existían las vacunas ni la prevención.

Y luego estaba la continua escasez de dinero. Dado el sistema de reclutamiento voluntario, a los mozos se les daba un sueldo por adelantado en el banderín de enganche para que se costearan sus propias armas. Muchos no habían visto nunca tanto dinero junto, pero pronto comprobaban que aquello era sólo un espejismo. En efecto, la falta de pagas sería una constante en su futuro, con la consecuencia inevitable de motines y sa-

queos, que se repetían con desagradable insistencia. Era el síntoma más descarnado de las crónicas dificultades financieras de una monarquía empeñada hasta los dientes y con varias bancarrotas a sus espaldas. Todo por satisfacer las necesidades logísticas que entrañaba un reto tan inalcanzable para la época como mantener en pie de guerra a decenas de miles de hombres a tantos kilómetros de distancia de la Península y durante un período tan dilatado. Y ello a pesar de disponer del «Camino español», el gigantesco corredor militar que unía las bases españolas del norte de Italia, donde se adiestraban los soldados, con los campos de batalla de Flandes.

EL FATAL DECLIVE

A estas dificultades financieras había que añadir los crecientes problemas para encontrar nuevos reclutas incluso en Castilla, el reino que tradicionalmente más contribuía a las empresas exteriores. Ello era consecuencia de la crisis que sufrieron en el siglo XVII los territorios peninsulares, lo que puso de relieve el desequilibrio demográfico entre España y otros países más poblados, como Francia, que intentaban situarse en un lugar preponderante en el escenario internacional.



GIOVANNI SIMONE / SIM



CASTILLO DE SALSÉS.

Los tercios combatieron en toda Europa, desde Alemania hasta la propia Península. En 1639 (unos años después de Breda) arrebataron esta fortaleza a los franceses tras un duro asedio.

Pese a todo, durante un siglo y medio los tercios protagonizaron auténticas gestas, al mando de hombres que han entrado con letras de oro en la historia de la táctica militar, como el Gran Duque de Alba o Alejandro Farnesio, y de otros menos conocidos pero igualmente ilustres, como Julián Romero, Lope de Figueroa o Carlos de Coloma. Participaron con sus aguerridos hombres en las guerras de Flandes, en episodios tan señalados como la defensa de Gemmingen (1568), la batalla de Mock (1574) o las tomas de Maastricht (1579), Amberes (1585), Ostende (1604) y, por supuesto, Breda (1625), retratada magistralmente por Velázquez con el pincel y Calderón con la pluma.

La mayor parte de estos hechos tuvieron lugar siguiendo las nuevas tácticas de la guerra de sitio, con prolongados y costosísimos asedios alrededor de muros y baluartes contruidos de acuerdo con la llamada «traza italiana». A su vez, el propio ejército atacante debía rechazar los «socorros» que venían en ayuda de la ciudad sitiada. Los tercios quedaban así exhaustos, por mucho que, en campo abierto, con su empuje lento pero arrollador, semejante al de un moderno carro de combate, se mostraran invencibles.

Al final, tantas dificultades tenían que pasar factura. Los tercios podían vencer a un enemigo, como los holandeses, muchas veces. Podían arrollar a las tropas de varios países contrarios, como lo hicieron, en audaces combates. Pero no se podía triunfar siempre contra todos. Llegó un momento en que la máquina de guerra española perdió fuerza. Eran demasiados frentes abiertos—contra flamencos, franceses, ingleses (por citar sólo los enemigos más destacados)— incluso para una potencia mundial como la monarquía española. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

De Pavía a Rocroy.
Los tercios de
infantería española.
J. Albi. Balkan, Madrid, 1999.

El ejército de Flandes
y el camino español.
G. Parker. Alianza, 2000.

La cultura de la guerra y
el teatro del Siglo de Oro.
D. García Hernán. Sílex, 2006.

NOVELA

El sol de Breda.
A. Pérez-Reverte.
Alfaguara, Madrid, 2004.

El castellano
de Flandes.
E. Martínez Ruiz. Ediciones
Martínez Roca, Madrid, 2007.

INTERNET

www.geocities.com/losterciosespaules/